

Diario de Eñe

Antonio Muñoz Molina

Madrid, Nueva York
Del 25 de julio al 11 de noviembre

Madrid, 25 de julio.

Día de Santiago: la novela que estoy escribiendo me hace recordar las efemérides que punteaban el tiempo en mi infancia. El fin de semana se prolonga en un lunes de silencio perfecto, con las tiendas cerradas y las calles vacías, como nunca está Nueva York, donde el ritmo del trabajo y del dinero no deja tregua a nadie, salvo quizás a los mendigos y a los extraordinariamente ricos. Los días se repiten con una rutina a la vez placentera y fructífera. Me levanto pronto, hago el desayuno —suelo ser el primero que baja a la cocina— y luego salgo por el barrio a comprar el pan y el periódico y a veces al mercado, tarea que me gusta mucho, y que me recuerda siempre a mi padre.

Mi padre se habría hecho amigo de todos los vendedores de este mercado. Después de la comida viene lo mejor del día, el café y la siesta de verano, con un poco de lectura y luego un sueño denso. Ahora, a las 6 y media, abro este cuaderno y pongo la radio, donde suena la música maravillosa de *Tristán e Isolda*, con su hipnotismo de deseo y de muerte. Dentro de un rato me pondré a escribir en el capítulo cuarto de la novela, que tiene ya once páginas. Como siempre, la expectativa de empezar a escribir tiene una parte de ilusión y otra de miedo. Siempre

parece que no va a salir nada. Ponerse cada tarde a escribir una novela es una felicidad para la que en el fondo no hay sustitutivos.

28 de julio.

Terminé ayer el capítulo cuarto, que es sobre todo una larga conversación familiar, en un tono que se parece poco a lo que yo suelo escribir, con ligereza y mucho diálogo. Hoy vuelve el miedo, aunque tengo borradores adelantados, puntos de fuga que será valioso explorar. Lograr un artificio a la vez cerrado y flexible, que tenga unos cuantos límites temporales y espaciales muy claros y sin embargo admita la máxima libertad. El modelo, en el fondo, es *Amarcord*. No hay que resaltar la tristeza del paso del tiempo porque estará implícita en la manera de mirar hacia el pasado. Me quedé solo en casa trabajando, más bien enajenado. Terminé a las 10 y media de la noche. Me hice cualquier cosa de cena, pero la cabeza seguía teniéndola en plena revolución, con esa ebriedad que sólo da el acto de inventar, ese momento en el que la experiencia se convierte en ficción.

Hacía fresco en el jardín. Me tomé un whisky, en estado de gracia, escuchando a Lester Young. El estilo tan natural y poco afectado de Lester, tan expresivo con tan pocos medios, es una buena escuela de literatura. Miles Davis tiene mucha belleza, pero no mucha hondura emocional, como tantos innovadores de la técnica en cualquier arte. Lester tiene lo que llama Machado “la emoción de las cosas”.

30 de julio.

Un hombre que aspira a ser justo, sentado al fresco de su jardín, una mañana de verano, con un perro a sus pies. La serenidad procede del bienestar de los suyos, de su amor correspondido, de su salud aceptable y de su moderada solvencia económica. También del hecho de que se dedica a un trabajo que le gusta

mucho y por el que obtiene un razonable reconocimiento, si bien no se obsesiona con él ni está dispuesto a sacrificarle los otros dones de su vida.

Autorretrato provisional firmado el 30 de julio de 2005, a tres semanas de volver a Nueva York, con 90 páginas aproximadas de un libro que no debería pasar de 250. La síntesis es fundamental para lograr el efecto de intensidad vivida y ligereza poética que necesito. La desgana de volver al otro trabajo es hoy enorme. Yo soy un escritor, y a lo que me debo dedicar es a escribir, preferiblemente ficciones. Como bien dijo Cyril Connolly, todo lo que no sea intentar una obra maestra es una pérdida de tiempo.

Para aprender precisión leo a William Carlos Williams. El viento suave mueve las sombras de las hojas de los árboles sobre la mesa del jardín en la que estoy escribiendo, y sobre las páginas de este cuaderno. Me gusta mucho esta soledad matinal de levantarme antes que nadie.

6 de agosto.

Parece que va creciendo la velocidad inexorable del tiempo según pasan los días. Cada minuto me obsesiona el cálculo de las semanas que llevamos aquí de las que faltan para volver a Nueva York. Me habría gustado prolongar este ritmo de vida, ver aproximarse el final del verano, seguir avanzando en mi libro, del que ya he escrito más de 100 páginas, aunque me parece que están en una fase muy primitiva, de borradores a los que hay que darles todavía un sentido claro de la forma. Pero un sentido no demasiado claro, tampoco: es importante la sinuosidad de la memoria, el orden caprichoso de la poesía.

Fuimos anoche a cenar a casa de Emilio y Susana. Sobre su terraza llena de plantas se dilataba el cielo hermoso del verano

de Madrid. Cena sabrosa, vino y whisky, conversación rápida y entretenida, Bill Evans de fondo. El mar de terrazas del barrio de Salamanca parecía de una ciudad litoral. Fue una de esas veces en las que un hecho común —una cena, con unos amigos— tiene un fondo memorable, una perfección sutil que está hecha con las cosas mejores de la vida.

16 de agosto.

Los adioses. Ayer se fue Antonio a Granada, hoy se va mi madre a Úbeda, mañana se va Elena. Arturo se irá el mismo día que nosotros, el sábado. Miguel se queda en Madrid y nos dirá adiós a todos. Ayer me costaba sobreponerme a la congoja mientras esperaba que Antonio estuviera preparado para ir al aeropuerto. Nos damos un abrazo largo y él me dice que quiere venir a Nueva York en octubre. Demasiado tiempo y demasiada distancia. Creo que Antonio ha disfrutado viviendo este mes en esta casa con nosotros, en una vida laboral y diaria, no el tiempo excepcional de las vacaciones.

Anoche nos dimos Elvira y yo un paseo largo por la parte de Madrid que más atrae a los turistas extranjeros: la plaza de Santa Ana, las calles próximas a la Puerta del Sol. Mesonazos más bien ordinarios y platos enormes de paella, en un entorno general de mugre y coloridos taurinos. La idea de Madrid que le gusta tener a un nacionalista periférico. Lo mejor, como tantas noches, es ir en coche por un Madrid sin mucho tráfico, escuchando a Chet Baker o a Carmen Linares cantando bulerías.

19 de agosto.

Paso la mañana haciendo recados menores por el barrio, despidiéndome de él. Voy al supermercado, a la panadería, a la tienda de electricidad, al peluquero. Ronda de adioses.

Nueva York, 21 de agosto.

Nueva York, domingo por la mañana. A las 10 y media el sol empieza a filtrarse entre la calina, y sopla un poco de brisa. El encuentro con la ciudad y con esta casa tiene una naturalidad matizada por la rareza del cansancio y del cambio de hora. Uno siente con mucha fuerza que también aquí está su casa. Me acuerdo de la llegada tan precaria del año pasado, en casa de un amigo y luego en un hotel, y nuestros muebles que no llegaban. Había que empezar a hacerlo todo, desde contratar el teléfono a abrir una cuenta en el banco.

Ahora la sensación es de continuidad sin fisuras, como si no hubiéramos faltado. El paisaje del East River y del puente Triboro en la ventana, las cartas, las facturas y las revistas que llegan con nuestros nombres a esta dirección. Salir a la calle es como no haberse ido. Durante el viaje vi una película muy mala —*Hide and Seek*, con Robert de Niro, en plena decadencia— y leí *The Facts*, la autobiografía de Philip Roth, tan deslumbrante como todo lo suyo, con una capacidad estremecedora de retratar la conciencia humana y la riqueza de los lazos familiares. Me preparo para la entrevista que tengo que hacerle el 7 de septiembre.

24 de agosto.

Una reunión en el *Center for Jewish History*, en la calle 16, para preparar el homenaje a Eduardo Propper, un diplomático español que ayudó a que miles de judíos se salvaran, firmándoles visado de tránsito por España en el consulado de Burdeos, en el verano terrible de 1940, cuando refugiados de toda Europa huían hacia el sur ante el avance de los alemanes y la perfecta incompetencia del ejército francés. Al salir de la reunión me doy una vuelta por el mercadillo de Union Square, lleno de hortalizas relucientes, con

unos tomates de un rosa profundo que me recuerdan los de la huerta de mi padre. De nuevo hay que apurar el tiempo para leer. En el metro, camino de la oficina, voy leyendo *The Plot Against America*, que tiene vulgaridades impropias de Philip Roth: el protagonista (él mismo) tiene una pesadilla en la que todos los sellos de su colección filatélica aparecen marcados con esvásticas. La lección es que ni los mejores están a salvo de escribir una mala novela.

Norman Manea me dice que Roth es como un soldado en una trinchera, que no descansa nunca de su dedicación a la literatura. Comemos juntos en Alcalá, cerca de las Naciones Unidas. Con vaqueros y camisa, con el pelo bastante largo, Norman tenía hoy un aire muy juvenil. Hablamos mucho, con afinidad y confianza, con un fondo de franca simpatía mutua que me gusta mucho. Me cuenta que hace dos años volvió a Rumanía, a su ciudad natal, de incógnito. “Me sentí como un espía”, me dice. “Como un fantasma también, me imagino”. “Como un espía que fuera a la vez un fantasma”. El domingo se van él y Cella a Berlín, hasta finales de año. Me da recuerdos cariñosos para Elvira, y al despedirse de mí en la puerta de mi oficina me abraza. Eso me emociona. Está uno muy privado de las satisfacciones profundas de la amistad.

El cielo está limpio, y el calor es suave. En la cara oeste de los edificios de apartamentos el sol se va poniendo con un color de oro viejo o de cobre. La luz toca las cosas con delicadeza, las esquinas, las copas de los árboles. Elvira escribe en el ordenador del dormitorio, y yo he instalado mi nuevo portátil y mi mesa de trabajo en el cuarto de invitados. Anoche estuve escribiendo en la novela, sin demasiado provecho. De pronto tengo miedo de quedarme sin ella.

Elvira y yo estamos solos por primera vez desde que empezó el verano. Disfruto con plena conciencia de esa intimidad exclusiva.

Nos despertamos muy temprano, y a mí me gusta mucho preparar el desayuno escuchando la radio. Lo que más me gusta es no despertarme con una sensación de alarma como la que tenía el curso pasado.

25 de agosto.

Acabo de terminar un capítulo difícil y bastante comprometido, que no estaba previsto y que se me ocurrió el último día en Madrid. La culminación de una historia que viene de *Beatus Ille* y de *El Jinete Polaco*, la del ciego Domingo González. Para saberla completa el lector tiene que haber leído esas dos novelas y que acordarse de episodios bastante secundarios. Quizás se trata de un juego personal más bien gratuito, pero a mí me da mucha satisfacción, porque me permite enlazar fragmentos muy lejanos entre sí de mis libros y sugerir una idea de unidad escondida en la que van a reparar muy pocos lectores. Es el juego de las resonancias que he intentado aprender de algunos de los artistas más grandes que conozco: Proust, Wagner, Balzac, Faulkner, Onetti. Hilos que unen lugares, tiempos y experiencias separados entre sí. Me tranquiliza pensar que todo lo que llevo escrito es un borrador al que todavía hay que dedicarle mucho trabajo, sin prisas, sin más voluntad que la de hacer el mejor libro que a mí me sea posible. Será curioso que una novela tan de pueblo se haya escrito en Nueva York.

29 de agosto.

Me despierto en la oscuridad recordando un sueño: estoy mirando hacia el interior de la cocina de nuestra casa de Madrid, desde el jardín, y mi madre está haciendo algo en el fregadero, y a su lado está mi padre, bastante joven, conversando con ella,

como tantas veces que volvía de hacer la compra y le ayudaba en la cocina. La melancolía y la dulzura permanecen cuando vuelvo a dormirme. Es un regalo del sueño, ver a mi padre en esa casa que él no llegó a conocer, y que le habría gustado tanto. Una corrección piadosa del pasado.

Fuimos por la tarde a Tompkins Square a un concierto de jazz en memoria de Charlie Parker, que vivió en la vecindad, y que habría cumplido hoy 85 años. Tocó una orquesta espectacular de nueve saxofones y luego el trío de un pianista, Gerry Allen, que yo no conocía, y que me gustó mucho, con un estilo delicado a lo Bill Evans y con golpes repentinos de música funky. Caían chaparrones de vez en cuando y con toda la frondosidad del parque y la abundancia de gente y el calor el aire tenía una densidad africana.

31 de agosto.

A media noche, otro capítulo terminado, el undécimo. Muy cansado, con sueño, sudando por la humedad extrema del aire, pero contento, de una manera pudorosa. Esta vez tendré que reescribir más que en libros anteriores, pero es que quiero que éste quede mejor que nunca, lo más limpio posible, sin el menor grado de autoindulgencia. La mejor poesía americana como modelo, o la prosa de Joseph Brodsky. Ejemplo inalcanzable este último, pero que está bien tener como punto de referencia en el horizonte.

Ahora mismo escucho teclear velozmente a Elvira en el cuarto contiguo. Los ruidos de Nueva York me llegan muy amortiguados tras el cristal de la ventana. A lo lejos veo la cúspide iluminada del hotel Carlyle. Hay desgracias cuya magnitud uno no sabe calibrar, menos por falta de imaginación que por mezquindad de espíritu: el huracán Katrina ha devastado Nueva Orleans y parece que ha dejado millares de muertos.

4 de septiembre.

Domingo, a las 11 de la noche. Silencio con un fondo débil de tráfico y de sirenas, y un poco de Johnnie Walker Black, que es un regalo para el paladar y para la conciencia. Un poco de whisky en el momento adecuado serena el cuerpo y afila la atención, y cuando se toma después de trabajar es un regalo merecido y juicioso que se hace uno mismo. Empecé el capítulo 12, con muchas vacilaciones y bastante a ciegas, pero creo que con buen resultado. Michael Collins, solo en el módulo de mando, en órbita alrededor de la Luna, cuando sus compañeros ya han emprendido el descenso. Me sirven mucho las memorias del propio Collins, que compré hace unas semanas. Es un hombre inteligente y frío que sabe escribir muy bien, y que cuando accede a un momento de emoción tiene un tono poderoso de verdad.

Las noticias de Nueva Orleans siguen siendo apocalípticas: las imágenes parecen de un país africano miserable y abandonado al caos, Sierra Leona o Somalia.

3 de septiembre.

En el metro un paso separa el trópico de la nevera, el horno húmedo del frío ártico. En el andén el aire es tan denso que casi parece tangible, pero cuando llega el tren y se abren las puertas automáticas un cañón de aire helado lo recibe a uno con una amenaza súbita de pulmonía. El silencio hosco del metro está poblado de palabras que no oye nadie, de músicas que permanecen tan secretas como los pensamientos de cada uno. Palabras: las de los periódicos gratuitos y las de los anuncios en las paredes del vagón, las que algún trastornado murmura en voz baja, las de las canciones que escucha la gente por los auriculares de los iPods. Auriculares blancos, delgados cables blancos: más que para

escuchar música, para lo que sirve el iPod es para satisfacer la pasión neoyorquina por el aislamiento físico en medio de la gente. La mirada perdida, para no cruzarla con los que están tan cerca, el cuerpo muy erguido, a la defensiva, retráctil ante cualquier roce, la mano que sujeta una barra metálica y que procura no rozar otras manos. Y ahora el iPod para perderse en un remoto paisaje sonoro, como esos paisajes de playas tropicales que se ven en los anuncios durante lo más crudo del invierno.

Yo miro de soslayo a la gente y cuando no llevo un libro distraigo con los anuncios el vicio de leer. En algunos vagones hay carteles con poemas, patrocinados por Barnes & Noble. Según el azar de los viajes uno se los va encontrando de nuevo y adquiere con ellos una intensa familiaridad. El año pasado me encontraba casi todos los días un poema de Yeats con dos versos terribles que me aprendí de memoria: “The best lack all conviction, while the worst / are full of passionate intensity”. No puede haber más verdad en menos palabras: no se puede explicar con más claridad lo que sucede en tantas situaciones, en tantos lugares, lo que causa la ruina de las mejores esperanzas y el triunfo de la imbecilidad, la injusticia y la desgracia. Los mejores carecen por completo de convicción, los peores están llenos de apasionada intensidad.

9 de septiembre.

Viernes por la tarde, cansancio y dulce expectación del fin de semana. La mejor parte del fin de semana es la sensación de tiempo sabroso e intocado que se tiene al salir del trabajo la tarde del viernes.

En los últimos días apenas he escrito en mi libro. Me concentré mucho en la lectura de Roth, preparando la entrevista del miércoles, que al final me temo que no salió muy bien. Tan sólo una hora, a palo seco, sentados cada uno a un lado de una mesa larga de

reuniones, rodeada de sillas vacías, en una oficina que casi era un cuarto trastero, en la agencia de Andrew Wylie. Muy en el fondo, lo que sentí nada más llegar allí fue una cierta vejación. Un empleado me abrió la puerta y enseguida estuvo claro que yo allí no era más que un periodista de un país de segunda categoría y de un periódico cualquiera. No tengo ya costumbre de ser tratado sin el menor rastro de la consideración que suele depararme mi nombre. No estoy acostumbrado a estar con personas del mundo literario para las que soy un desconocido. Lección difícil de humildad. Roth me preguntó con moderada curiosidad, “What is your background?”, y yo le contesté, tontamente, “I am a professional writer”. “A professional writer!” Le debí de parecer bastante tonto, o fatuo. El nerviosismo, la falta de confianza y de tiempo, me estropeaban el inglés. Un poco antes de que hubiera pasado la hora llegó la fotógrafa y a Roth se le notó mucho el alivio de que terminara la entrevista. Salí bastante deprimido, irritado conmigo mismo, aunque me animé luego, comiendo con Elvira en lo que fue La Côte Basque, con la presencia fantasmal de Truman Capote.

Me pondré a trabajar en mi libro en cuanto cierre este cuaderno. Como un augurio, acabo de mirar por la ventana y veo la luna en cuarto creciente sobre los rascacielos de Central Park. En realidad lo que me mortifica con respecto a Roth es la sensación de haber quedado como un tonto delante de alguien a quien admiro mucho. Un deseo frustrado de agradar al maestro, yo, que durante toda mi vida me he especializado en esa habilidad no siempre noble, desde que era un niño en la escuela. No ser mirado como un colega por otro escritor: ni siquiera ser visto como una persona inteligente.

Hoy es el cumpleaños de Elena, a la que añoro tanto: parece mentira, 16.

11 de septiembre.

Qué raro y lejano queda el 11 de septiembre de hace cuatro años. El principio de nuestros primeros tres meses seguidos en Nueva York. Los hijos todavía con una edad que ahora nos damos cuenta de lo cerca que estaba todavía de la infancia, al menos Arturo y Miguel. En la tv se ven imágenes del hundimiento de las torres y todo vuelve a ser increíble. Y nosotros tan cerca de las cosas que no podíamos comprender la escala de lo que estaba sucediendo.

Hemos ido a pasar el domingo a Coney Island. La playa es magnífica, y las atracciones tienen una cosa pobre y rústica de feria antigua de pueblo española: los aparatos tan primitivos, los carteles torpes pintados a mano, la sensación general de penuria y abandono, como de un circo al que no se acerca casi nadie. Aparte del paseo marítimo, con su plataforma de madera, lo mejor es la Brighton Beach Avenue, que tiene un abigarramiento de barrio de emigrantes como el que debió de existir hace muchos años en Little Italy y en el Lower East Side. De pronto todo es ruso, judío-ruso: las calles, la gente, la comida, los letreros, la lengua que se escucha hablar. Por el centro de la avenida pasa el tren elevado, que me hace imaginar el que pasaba hasta los años cincuenta por esta misma Tercera Avenida en la que vivimos nosotros. A García Lorca le gustaba mirar la luz solar que se filtraba entre los rieles y las armazones metálicas de los trenes elevados. Comemos en un sitio georgiano-judío indescriptible, un restaurante con luces de discoteca y señoras gordas bailando baladas como del festival de Eurovisión, de un festival de Eurovisión del Cáucaso.

Vamos con David y Ernesto, con Francisco Rosales y Javier. La luz de la tarde en el paseo marítimo, en el largo Boardwalk, tenía una delicadeza de oros casi otoñales. Felicidad de tomarse un helado de cucurucho a la orilla del mar.

13 de septiembre.

Acabo de transcribir la entrevista con Roth. Trabajo ingrato por los ruidos de fondo que atruenan la cinta y los continuos timbrazos del teléfono que había sobre la mesa. Queda mejor de lo que yo esperaba, pero se me nota mucho la inseguridad y también la falta de reflejos para hacer preguntas más interesantes. Pero era demasiado poco tiempo, y todo demasiado en seco. Intentaré hacerlo lo mejor que pueda, pero me da pena no haber aprovechado mejor esta oportunidad. Entre unas cosas y otras llevo varios días sin escribir en mi libro. Me entristece perder la concentración que disfruté tanto en Madrid. ¿Cómo habrían sido las páginas que uno estuvo a punto de escribir y no escribió? Una historia fantasma de la literatura.

Vuelve a hacer un calor de pantano asiático.

16 de septiembre.

Las sirenas enloquecidas de las ambulancias y de los coches de policía y los cláxones de los camiones de bomberos son, en el fondo, parte de la pasión americana por el espectáculo, que es otra de las grandes diferencias con Europa. Aquí el espectáculo está integrado en la vida real y se confunde con ella, y en muchos casos la suplanta. En muchos momentos de la vida cotidiana —el saludo a un conocido, el diálogo breve con el camarero en el restaurantes— las relaciones personales están contaminadas de representación, tan regidas por los eslóganes y los falsos entusiasmos de la publicidad como la vida política. En Nueva Orleans, el presidente da un discurso en mangas de camisa delante de la catedral, iluminada de noche por reflectores traídos ex profeso desde Washington. De pronto no hay término medio entre la simpatía sobreactuada y el silencio hostil, que se repite

entre los desconocidos del metro y cara a cara en el ascensor en el que los vecinos no se miran ni cruzan una sola palabra.

18 de septiembre.

Esta madrugada, a las 6 y media, me despierta la congoja y la dulzura de un sueño en el que aparece mi padre. Primero había soñado que hablaba con Arturo, y que le reñía por algo, quedándome con una sensación de remordimiento. Después estoy en Úbeda, en la plaza de San Lorenzo, y mi padre va a abrir la puerta de una casa que no es la nuestra, sino la de al lado, la del rincón. Lo veo de espaldas, abriendo la puerta, voy hacia él y lo abrazo, le digo que estoy preocupado con Arturo, y le pido que lo cuide él, ya que yo estoy muy lejos. Como en otros sueños, mi abrazo sólo atrapa aire, y no puedo ver la cara de mi padre. Entonces me despierto, sintiéndome muy desarraigado, tan lejos de la plaza que es el centro de mi memoria, y que ahora aparece tanto en mis sueños.

25 de septiembre.

Tiempo de otoño, por fin. Ayer el aire estaba limpio y tenía una luz fresca y otoñal. Fuimos a una exposición de grabados y fotos en una de esas galerías señoriales y un poco secretas que hay cerca del Whitney, por Madison y las setenta y tantas. Grabados bellísimos de Michael Lewis y uno de Hopper que no era demasiado espectacular, pero que costaba 185.000 mil dólares. El Nueva York misterioso y nocturno del cine en blanco y negro.

28 de septiembre.

Como con mi amigo Stewart. Conversación larga y gustosa, pescado fresco y vino tinto, y luego un paseo tranquilo por la Segunda Avenida, disfrutando del aire tibio y del sol ya

ligeramente pálido de principios de otoño. De pronto el tono de la conversación se vuelve grave y amargo. Stewart me habla de su hermano, adicto a esa droga sintética que llaman Crystal Meth, homosexual y seropositivo, completamente destrozado por su adicción. Me cuenta que se siente incapaz de hacer nada por él y también culpable, y que le remuerde la conciencia por no sentirse más culpable todavía.

4 de octubre.

Viene Jaime Vallcorba, de El Acantilado, que lleva publicados tantos libros magníficos. Me cuenta cosas tremendas sobre la caída de las ventas de libros en Francia y Alemania, que él atribuye muy razonablemente no a la influencia de la televisión o de Internet, sino al desguace de la enseñanza, destrozada por políticos y pedagogos. Nos apasionamos hablando de esos asuntos.

El sábado pasado pude escribir, con bastante provecho, avanzando mucho en un capítulo comprometido, en el que sólo hay diálogo, sin acotaciones, sin indicación de quién habla, como en *Deception*, de Philip Roth, que he leído estos últimos días en el metro. El metro y los autobuses de Nueva York son ahora mis salas de lectura.

Hoy es San Francisco, el santo de mi padre, que a él tanto le gustaba, porque era el día grande de la feria de Úbeda y había una corrida de toros. Hablo con mi madre por teléfono y rompo a llorar. Me dice que cada día echa más de menos a mi padre.

8 de octubre.

Sábado de viento, lluvia y oscuridad prematura. Niebla morada envolviendo los edificios en la lejanía. El jueves por la noche estuvimos en la Rainbow Room del Rockefeller Center, que es

una maravilla arrebatadora del Art Déco, y tiene una vista de 360 grados sobre la ciudad. Rascacielos borrados por las nubes y guirnalda de luces de los puentes en la niebla. Desde esa altura, y en una noche así, Nueva York es un delirio de escenografía entre futurista y gótica.

9 de octubre.

Viene Antonio a pasar con nosotros una semana. Vamos con él a ver la película sobre Truman Capote que protagoniza con un talento y un mimetismo asombrosos el gran Philip Seymour Hoffman. Es ese actor al que se ha visto muchas veces de secundario sin recordar su nombre, hasta que de pronto da un salto al primer plano y ya es imborrable. La película es buenísima. Está todo el trastorno del hombre que quiere hacer un libro que será lo mejor que haya escrito nunca, y al hacerlo alcanza la maestría y el éxito mundano y en el proceso se destruye a sí mismo. La música es austera y a la vez hipnótica. Termina la película y la gente se queda clavada en la butaca.

Leo *The Spanish Civil War, Communism and the Soviet Union*, de Stanley Paine. Es un libro que me parece riguroso y muy amargo de leer, porque le fuerza a uno a revisar algunas ideas románticas sobre la izquierda en la República y en la Guerra Civil: el insensato extremismo de muchos de sus líderes, su obsesión bolchevique, la falta de sentido de la realidad y de cualquier medida de responsabilidad política. Me acuerdo del libro de Baroja sobre la guerra que leí este verano, con tanta amargura. Las pasiones ideológicas son peligrosísimas. Uno puede pensar que las tensiones políticas son el reflejo de los conflictos de la realidad, pero en muchos casos son su origen. La política crea conflictos donde no existían y agrava los ya existentes en lugar de resolverlos.

Véase la alarmante actualidad española. La política, en países como España, es echar sal en las heridas y gasolina en el fuego, y encender hogueras donde no las había. El presente inquieta más cuando se piensa en lo que fue el pasado.

24 de octubre.

Éste es el momento del miedo, el de empezar a escribir y sentirse sin fuerzas para hacerlo, sin inspiración, con un abatimiento que no parece posible vencer. Éste es el momento que hay que salvar siempre, como se da un salto para salvar una zanja, sintiendo de golpe toda la torpeza y la cobardía del cuerpo.

25 de octubre.

Logré escribir y seguí avanzando. Avanzaría más si tuviera tiempo, si no volviera a casa tan cansado por las tardes. Tengo hecha una gran parte de lo que podría ser el último capítulo, y esta noche he de intentar acercarme lo más posible al final. Me parece que corro en un sueño y que no me he movido del lugar donde estaba. Lo asombroso es que uno avance, a pesar del miedo, de la incertidumbre y del desánimo, que los libros se vayan escribiendo, una palabra tras otra, una página tras otra. Y cuando llegue al final habrá que empezar por el principio, a reescribir línea tras línea. Pero entonces ya no estará el miedo al vacío.

11 de noviembre.

Veteran's Day: viernes sin trabajo, principio del paraíso de un largo fin de semana. Miguel y Arturo vinieron y se fueron, dejándonos el rescoldo de su presencia y la melancolía de su marcha tan rápida. Dimos paseos con ellos, salieron con Elvira la noche de Halloween, vinieron al Metropolitan a ver los dibujos

prodigiosos de Van Gogh y a la Frick a ver los retratos de Memling. Siempre he pensado que a los hijos hay que exponerlos a las obras maestras del arte, igual que al aire saludable y al sol. Se distraerán, sin duda, pero recibirán igual el efecto benéfico de esa cercanía. En Memling conmueve sobre todo la maestría técnica absoluta al servicio de la expresión de la individualidad. Las dos cosas se estaban inventando en ese tiempo, la pintura al óleo y la conciencia individual. Pero se trata de una individualidad discreta, como sigilosa, de personajes que eluden confrontarse con la mirada del espectador o que, vestidos con sus ropas mejores, al mismo tiempo cultivan una piedad melancólica y una quietud que los aparta de las peores urgencias de este mundo, de las pasiones violentas o sórdidas. Incluso la devoción religiosa que muestran es mesurada, sin aspavientos. Esa templanza del espíritu me parece un valor cada vez más importante. Las pasiones religiosas, políticas o ideológicas muy exageradas son propias de canallas, o peor todavía, de trepadores y farsantes. Mejor callar, y que hablen nuestras obras por nosotros. Leyendo los periódicos españoles estos días parece que las obras no cuentan nada ni importan a nadie, que sólo tiene crédito público el griterío y el insulto.

Pereza de volver.